www.elboomeran.com

Westwood

o los Nobles Poderes

Stella Gibbons

Traducción del inglés a cargo de
Laura Naranjo y Carmen Torres García

IMPEDIMENTA

www.elboomeran.com

A Peggy Butcher

Carta a los Filipenses, 4:8

www.elboomeran.com

www.elboomeran.com

1

Londres estaba precioso aquel verano. En los barrios pobres, la gente hacía vida al aire libre bajo el cielo azul, como si viviera en un clima más cálido. Los ancianos se sentaban en los muros derruidos, fumaban en pipa y hablaban de la Guerra, mientras las mujeres guardaban cola pacientemente en las tiendas o iban por los puestos que vendían verduras frescas sin poder parar de hablar.

Las ruinas de las casas pequeñas pero proporcionadas de las zonas más antiguas de la ciudad eran amarillas, como las casas de Génova bañadas por el sol. Amarillas de todos los tonos: oscuros, claros o dotados de una extraña transparencia al contacto con la luz. Los bomberos habían formado hondos charcos rodeados de paredes en muchas de las calles y los patos venían a vivir a estos lagos, que reflejaban las altas ruinas amarillas y el cielo azul, allí, en pleno corazón de Londres. La rosa maleza de los fuegos crecía por todo el suelo blanco desnivelado donde antes se habían levantado viviendas y había acres enteros de terreno cubierto de casas abandonadas y destruidas, cuyas ventanas estaban llenas de rasgones de papel negro. En las afueras de la ciudad, en dirección a Edmonton y Tottenham al norte, y Sydenham al sur, flotaba una extraña sensación en el aire, pesada,

www.elboomeran.com

sombría y emocionante, como si la Historia se estuviera fraguando visiblemente ante los ojos de la gente. Y el campo estaba empezando a apropiarse de Londres, de aquellos mugrientos barrios conectados por carreteras monótonas que componían la ciudad más grande del mundo y de los que nunca había desaparecido del todo. La maleza crecía hasta en la City; se había visto un halcón sobrevolando las ruinas del Temple y los zorros asaltaban los gallineros construidos en los jardines de las casas cercanas a Hampstead Heath. La desgastada quietud propia de los barrios viejos y decadentes se cernía sobre las calles y era algo maravilloso e impresionante, digno de ver y de sentir. Mientras el verano duró, la belleza pudo más que la tristeza, porque el sol lo bendecía todo: las ruinas, las caras cansadas de la gente, las altas flores silvestres y las oscuras aguas estancadas, y, durante aquellos meses de calma, Londres en ruinas fue tan bello como una ciudad en sueños.

Pero entonces, el otoño llegó con sus neblinas. Era primeros de septiembre y su belleza se prolongó mientras hubo hojas cayendo despacio a través del aire calmo. En Hampstead Heath, los sauces jóvenes que crecían a ambos lados de la larga y accidentada carretera no cambiaron de color hasta finales de octubre y aún conservaban sus largas hojas un atardecer en que una joven cruzó la carretera solitaria de camino a los campos abiertos del Heath.

Echó un vistazo a todo lo largo de la carretera y contuvo la respiración mientras contemplaba los sauces. La escena que se mostraba ante sus ojos era espectacular, con todos aquellos intensos colores suavizados por la niebla. Cada sauce parecía una fuente veteada de amarillo, verde y fuego cayendo en medio de una bruma azul, y a su izquierda, bajo algunos árboles grandes e inmóviles de color amarillo y verde oscuro, se extendía un lago ancho y luminoso de aguas doradas que brillaba, no en la superficie, sino en las mismas profundidades. El cielo, de un azul apagado, estaba jaspeado de neblina gris y escarlata, y la hierba empapada era azul en las zonas de sombra.

El aire olía a niebla. Había algunas personas más apresurándose en la distancia de camino a sus casas, pero en medio de aquel espectáculo fastuoso no eran más que figuras oscuras y anónimas.

www.elboomeran.com

Miró el reloj. Eran casi las cinco en punto. Se apresuró y cruzó rápidamente el Heath en dirección a Highgate. La aguja de la iglesia observaba, vigilante, la del templo de Hampstead, a través de los pequeños valles y colinas intermedios. En seguida notó que se le calaban los zapatos al caminar por medio del alto césped, salpicado de montones de hojas negruzcas y amarillas. El aire se hizo más frío si cabe, pero estaba tan absorta en la belleza de aquella escena, coloreada tan vivamente como si se tratara de un esplendoroso jardín brasileño, que no reparó en nada más. Era una joven de veintipocos años, delgada y de mediana estatura, de tez oscura y marcadas facciones y una desordenada melena rizada que le llegaba a la altura de los hombros. Tenía una boca demasiado prominente y sus ojos castaños delataban una mirada entusiasta.

Poco después salió al camino que pasa justo por debajo de Kenwood y conduce directamente a Highgate. A un lado y a otro había parcelas sembradas de coles gigantescas de un fuerte verde azulado. De algún modo habían logrado capturar el color de la niebla, el azul apagado del cielo y el verde de la hierba, tonos que replicaban una y otra vez hasta casi tan lejos como le alcanzaba la vista. Sus hojas eran enormes y estaban salpicadas de agua, pues había llovido aquella tarde. Aceleró el paso, con las manos metidas en los bolsillos, sin dejar de mirar a su alrededor, pero poco a poco se dio cuenta de que los colores se estaban desvaneciendo y que el gris de la noche iba cubriendo gradualmente los campos hasta borrarlos.

Antes de abandonar el Heath, entre dos amplios lagos que reflejaban los últimos colores del cielo y las oscuras mimbreras rosadas, divisó a dos hombres de gran estatura que avanzaban hacia ella entre la niebla. El mayor iba enfundado en un abrigo ceñido de color oscuro; llevaba sombrero diplomático negro y un maletín de piel. Sus ojos eran de un azul tan intenso que se apreciaban incluso en el inminente anochecer. El más joven vestía ropas más holgadas y un jersey negro de cuello cisne. No llevaba sombrero.

—Pero Henry Moore no es… —iba diciendo el más joven cuando los dos pasaron por su lado. Entonces, se sacó un pañuelo del bolsillo y el resto de sus palabras se las llevó el viento.

www.elboomeran.com

Caminaban deprisa y, en apenas unos segundos, dejó de oírlos.

Sin embargo, se dio la vuelta para seguir sus pasos con la mirada, atraída por su distinguida apariencia e inusual altura y, cuando lo hizo, reparó en algo que había caído en el suelo, apenas a unas pocas yardas: se trataba de un objeto pequeño, cuadrado y de color crema, que destacaba en el oscuro sendero. Se acercó y, al detenerse para cogerlo, se percató de que era una cartilla de racionamiento.

—¡Oh, no! —dijo en voz alta, mirando primero la cartilla y luego a los dos hombres, que, para entonces, ya casi habían desaparecido de su vista tras internarse en la niebla. Su voz estaba teñida de una nota de determinación.

Correr tras ellos no iba a servir de nada, pensó; además, ya llegaba tarde. Echó un vistazo al nombre que figuraba impreso en la cartilla. Era tan raro que, por un momento, creyó que era extranjero:

Hebe Niland,
Lamb Cottage,
Romney Square,
Hampstead, N.W. 3.

«Bueno, siempre puedo bajar mañana y ponerla en el correo», y, pensando esto, se metió la cartilla en el bolsillo y aceleró el paso.

Cuando por fin llegó a Highgate Village, ya casi había anochecido. Una figura con boina e impermeable salió a toda prisa de la penumbra que ofrecía la puerta de una tienda y le gritó en tono de reproche:

—¡Muy bonito! ¡Llevo casi un siglo aquí esperándote! ¿Qué diantres te ha pasado? Estoy congelada, y ya se ha hecho demasiado tarde para ir. Sabes tan bien como yo que a mi madre no le gusta que esté en la calle durante el apagón. ¡Eres el colmo!

—No sabes cuánto lo siento, Hilda. He cruzado el Heath a pie y estaba tan a gusto que se me ha ido el santo al cielo. Pero *tenemos que* ir; apúrate; si nos damos prisa, llegaremos justo antes de que comience el apagón. —Enganchó a Hilda del brazo y se la llevó dando grandes zancadas por la calle que conducía a Southwood Lane.

www.elboomeran.com

—Bueno, tal vez lo consigamos y espero que a mamá no le importe. Como vamos las dos… ¿Tienes las llaves? —dijo Hilda, apaciguada.

La morena asintió y las hizo tintinear en su bolsillo.

—¿Qué has estado haciendo toda la tarde? —continuó preguntándole Hilda.

—Fui a un concierto en la National Gallery y luego estuve paseando.

—¿Paseando? Mira que eres boba, Margaret. ¿Te has parado a pensar que las ventanas no estarán tapadas y que no podremos encender las linternas?

—Veremos todo lo que merezca la pena ver: si tiene sitio para el carbón y ese tipo de cosas.

—¡Por supuesto que tendrá sitio para el carbón! Esas casas apenas llevan diez años en pie. Tenéis mucha suerte de haber encontrado una…

—Sé que somos afortunadas, aunque no creo que esté muy bien que se diga —dijo Margaret en tono grave.

—¿Y por qué no?

—Hay millones de personas en todo el mundo que han perdido sus hogares. ¿Por qué íbamos *nosotros* a merecernos uno nuevo?

—¡Yo no lo veo así! No por ello sus vidas iban a mejorar demasiado.

—La gente en Inglaterra no tiene ni idea de lo que es sufrir.

—¡Si vas a empezar con lo de Rusia, me voy derechita a casa! —gritó Hilda, parándose en mitad de la calle.

—No iba a decir nada de Rusia *precisamente*.

—Pues sería un milagro. ¿Es esta? —Y apuntó con su linterna la cancela de una casa que formaba parte de una hilera—. Sí, el número diecisiete. Bueno, todavía conserva la cancela. Algo es algo.

La abrió y recorrió el estrecho caminito de losas irregulares. La tenue luz de la linterna alumbraba los altos hierbajos de afelpadas plántulas marchitas que le rozaban la falda. Margaret la siguió y la cancela se cerró de golpe tras ellas.

—Me pregunto si todas estas casas habrán sufrido también bombardeos —continuó diciendo Hilda—. No, se ve una rendija en la

www.elboomeran.com

ventana tapada de tu vecino de al lado. ¡Vaya! Ya viene oliendo a bombas, ¿no? ¿Tienes la llave?

Pero Margaret ya estaba alumbrando con su linterna la estrecha puerta —necesitaba con urgencia una buena mano de pintura— y metiendo la llave en la cerradura. Casi se había hecho de noche. Por entre las negras casas empezó a emerger lentamente algo tan enorme, redondo y rojo que, por un instante, resultó difícil saber exactamente de qué se trataba. Hilda echó un vistazo por encima de su hombro y exclamó:

—¡Fíjate en qué luna más espectacular!

—Una luna de mal agüero —dijo Margaret con toda parsimonia. Abrió la puerta de un empujón, pues las bisagras estaban oxidadas. La luz sutil reveló un pequeño recibidor y una escalera estrecha. El suelo estaba cubierto de una sustancia blanca.

—¿Y eso? ¿Qué demonios es toda esa porquería del suelo?

—Yeso —contestó Margaret, pasando al interior—. Supongo que el techo se habrá caído.

—No te preocupes, querida. Dijiste que no sabíamos lo que era sufrir; ahora podrás comer todos los días huevo en polvo con yeso. ¿Puedo cerrar ya la puerta? —Y así lo hizo, dando un portazo, que hizo que cayera más yeso del techo. Cuando Margaret apuntó con su linterna escaleras arriba, la luz solo desveló un pequeño agujero en el enlucido.

—Tiene fácil arreglo —farfulló.

—Oh, yo no me molestaría siquiera —dijo Hilda en tono risueño—. ¿Qué es esto? ¿El comedor? ¡Anda, aquí el techo *sí* que se ha desplomado, Margaret! —Y alumbró con su linterna un funesto montón de polvo blanco en el suelo oscuro—. Esto se pone cada vez más interesante, ¿no crees?

—Pero si es una casita de lo más acogedora —puntualizó Margaret, iluminando las paredes y la chimenea. Su voz seria tenía un leve acento que no era ni londinense ni tampoco del sur.

—¿No crees que es perverso destruir hogares como este? —preguntó Hilda, volviendo de nuevo al recibidor—. Mira, aquí está el salón. ¡Vaya! Tiene unas puertas acristaladas que dan al jardín. ¡Qué delicia!

www.elboomeran.com

La luz de la luna, tenue y creciente, se derramaba sobre las varas de oro marchitas y sobre las nubes de maleza de los granados. Una pila de piedra para pájaros se erguía en el centro del exuberante jardincillo. Más allá, una colina sembrada de árboles y edificios en penumbra se extendía hasta una hilera de casas que se recortaban oscuras contra el cielo neblinoso iluminado por la luna.

—Subamos a la planta de arriba —sugirió Hilda, emprendiendo ya el ascenso. Sus pisadas resonaban por toda la casa.

Había dos dormitorios bastante grandes y un cuartito que quedaba justo encima de la puerta de entrada.

—Uno para tu padre y tu madre, otro para ti, y todavía sobra un dormitorio —dijo Hilda, yendo de una habitación a otra y alumbrando rincones y armarios con su linterna.

—Mis padres duermen en habitaciones separadas y no esperamos tener visitas —aclaró Margaret entrando en el cuarto de baño.

Hilda puso cara de tribulación en la oscuridad, como si lamentara haber hablado, pero un instante después, dijo medio desafiante:

—La gente puede tenerse mucho cariño aunque duerma en habitaciones separadas. Mi tía Grace y mi tío Jim lo hacen y luego son un par de viejos tortolitos.

—Ten cuidado en cómo alumbras con esa linterna o los guardias se nos echarán encima —contestó Margaret.

—Hay un baño independiente; bien —continuó Hilda, abriendo una puerta y cerrándola de nuevo—. ¡Ay, Margaret… la cocina! Tenemos que echar un vistazo; mamá dice que es la parte más importante de una casa.

Volvieron a bajar a la planta inferior. La luz de la luna entraba ahora por la ventana, dibujado cuadrados en el suelo de madera desnudo y polvoriento. La cocina tenía un aspecto lúgubre, pues los antiguos inquilinos se habían llevado el hornillo de gas y el techo se había desplomado, pero al menos había una alacena grande (en la parte más fresca de la habitación, como Hilda se encargó de señalar a la silenciosa Margaret) y un fregadero bajo la ventana.

—Como en las películas americanas —dijo Hilda—. ¡Oh, qué araña más enorme! —Y estudió el fregadero—. Mira, Margaret,

nunca había visto una tan grande. Porque supongo que es una araña, ¿no? —siguió diciendo mientras buscaba algo con lo que atizarle. Margaret emitió un gemido de estremecimiento.

—Pues a mí me gustan —dijo Hilda—. Los únicos bichos que no puedo soportar son los cortapicos. Cuando estuvimos en Bracing Bay el año de antes de la guerra, había un chico que siempre intentaba meterme cortapicos por la parte trasera del bañador. ¡Te lo juro, cada vez que lo había gritaba tan alto que me oían en toda la playa!

—¡Calla! —la interrumpió Margaret de repente. A lo lejos, hacia el este, más allá del estuario, se oyó el comienzo de un débil ulular y, mientras las dos chicas aguzaban el oído, este se fue acercando poco a poco.

—¡Ya está! —exclamó Hilda—. Dios mío, a mi madre le va a dar un síncope. ¿Qué hacemos? Supongo que ya es demasiado tarde para volver corriendo a casa, ¿no?

—Por supuesto —repuso Margaret con decisión—. Nos sentaremos en las escaleras. —Y emprendió el camino de vuelta al recibidor.

—¡Dios, qué duro está…! —dijo Hilda, sentándose con cierta cautela.

Margaret sacó un paquete de cigarrillos y encendió uno. Hilda extrajo una bolsa de papel.

—Esto es lo que me queda de mi ración de golosinas —dijo, sujetando un gran objeto redondo y verdoso—. Lo siento, no te puedo dar.

—¿Y por qué no le das un mordisquito y me regalas el resto? —sugirió Margaret, imprimiendo a su voz una ligera sonrisa de reproche, y ambas rieron.

—¡Qué listilla! —dijo de repente Hilda, levantando la vista para ver a su amiga, que estaba sentada un escalón más arriba—. ¿A que parece que hace siglos que estábamos en la escuela?

—Años. —Y Margaret suspiró.

—Ahora estás cambiada.

—¿Qué quieres decir con cambiada?

—No sé. Solo cambiada. Cuando te vi en la estación, lo primero que pensé fue: está cambiada.

www.elboomeran.com

Margaret guardó silencio.

—Como si te hubiera ocurrido algo que te hubiera hecho… desgraciada —concluyó Hilda.

El cigarrillo de Margaret resplandeció en la oscuridad.

—¿Lo que suena son cañones? —preguntó.

—Supongo. No hagas caso. Lo que quiero decir es que…

—¿No tienes miedo? —preguntó Margaret en tono serio.

—¿Miedo yo? —gritó Hilda—. ¿A qué viene eso, Margaret Steggles?

—¿Y yo qué sé? Nunca antes había estado contigo en medio de un ataque aéreo.

—No le tengo miedo a nada —anunció Hilda—. Y si salieras con tantos chicos del Servicio como yo, tú tampoco lo tendrías.

—Sí, seguro —dijo Margaret en voz baja, recorriendo con la mirada el oscuro recibidor hasta el claro cuadrado que delimitaba la puerta de entrada—. Aunque no es por mí por quien tengo miedo… que también, por supuesto. Es que cuando oigo *eso*, pienso en toda esa otra gente repartida por todo el mundo. —Y sacudió la cabeza en dirección a la descarga de artillería que sonaba en la distancia como si unos gigantes estuvieran dando rápidos y furiosos pisotones en el suelo.

—En Sudamérica están bien… —dijo Hilda.

—¡Oh…! —Margaret se removió impaciente.

—Lo que quiero decir es que ellos no sufren bombardeos aéreos, como nosotros.

—Eso no mejora las cosas. Tú no lo entiendes.

—¡Eres tú la que no lo entiende! Claro que mejora las cosas. Me gusta pensar que se pasan el día tomando cócteles y comiendo todos los bombones que quieren y se pueden comprar medias de seda. Me anima pensar que *alguien* puede hacer cosas así.

—Yo solo puedo pensar en toda esa gente que no tiene ni para comer, no digamos ya para cócteles y medias de seda.

—Bueno, pues no pienses en ellos. No te hará ningún bien. En la escuela, siempre te tomabas las cosas demasiado en serio y ahora estás todo el día preocupada por tu maldita Rusia, y no paras de

quejarte de las tareas de reconstrucción. En serio, Margaret, eres muy deprimente.

—Lo siento —dijo Margaret, con educación no exenta de cierta amargura—. Haces que parezca un auténtico muermo.

—¡Yo no he dicho que seas un muermo! —exclamó Hilda, presa del remordimiento—. Eres mucho más lista que yo; yo sería una negada para la enseñanza, y sabes el cariño que te tengo, ¡so tontita! Lo que pasa es que no me gusta verte tan abatida y tan rara…

Margaret se sumió de nuevo en el silencio.

—Estoy segura de que algo te ha pasado —continuó Hilda—. Ojalá pudieras contármelo; así te sentirías mejor.

—¿Tú siempre lo cuentas todo?

—Bueno, a mí nunca me pasa nada. Aparte de los chicos, quiero decir, aunque a ellos los sé manejar. Mi madre y yo siempre nos partimos de risa hablando de mis novios. Dice que la hace sentir joven otra vez. ¿No es un encanto, mi madre?

—¿Eres feliz? —le preguntó de repente Margaret.

Hilda asintió con tanto énfasis que los delicados rizos dorados que le caían por los hombros se bambolearon, pero lo único que respondió fue:

—Supongo que sí. La verdad es que no me he parado mucho a pensar en eso.

—Pues yo no lo soy. No soy feliz. —Margaret rebuscó otro cigarrillo en su bolso—. Nunca lo he sido y, a medida que me hago más mayor, la cosa va a peor.

—Tu padre y tu madre no se llevan muy bien, ¿verdad? —la interrumpió Hilda sin rodeos.

Margaret meneó la cabeza; su amiga apenas podía vislumbrar sus leves gestos en medio de aquella oscuridad.

—Siempre lo he pensado, y mis padres también (no es que estemos todo el día dándole vueltas, desde luego, pero no puedes evitar darte cuenta de esos pequeños detalles). Bueno, eso basta para que te sientas desdichada… Ya sabes, que tus padres no se lleven bien.

—Supongo que eso fue lo primero —continuó Margaret lentamente—, pero no lo es todo. Creo que soy de natural triste. Me lo

www.elboomeran.com

tomo todo demasiado en serio, me inquieto mucho cuando las cosas se ponen feas, me preocupa que el mundo esté patas arriba, y luego está la guerra… Hace ya dos años…

—Creo que dentro de un minuto finalizará la alarma —interrumpió Hilda—. Cuanto antes, mejor. Me estoy muriendo de hambre. ¿Tú no? Perdona, sigue.

—Fue cuando viniste a quedarte con nosotros. Supongo que no te acordarás. Había un chico llamado Frank Kennett… Era amigo de Reg.

—Bajito y rubio. Muy callado. Buenos modales —dijo Hilda al fin, como enumerando datos sacados de un archivo privado—. Bailó contigo casi todo el tiempo en la fiesta a la que fuimos con la pandilla de Reg.

—El mismo. Pero no era tan bajito, Hilda; era un poco más alto que yo.

—Bueno, tú no es que seas precisamente una jirafa —le respondió Hilda—. Recuerdo con toda claridad haber pensado en él como en un chico bajito y rubio. Pero no importa, continúa. ¿Qué pasa con él?

—Salimos juntos durante un tiempo. Los chicos no suelen fijarse en mí, ya sabes, no soy como tú. —Su voz reveló de nuevo un atisbo de sonrisa y esta vez era tierna—. Y nos gustaban las mismas cosas, la música, la poesía, los cuadros… Eran cosas que al resto de la pandilla de Reg no le gustaban. Bueno, en realidad, no es que no les gustaran; es que ni se les pasaban por la cabeza que les pudieran gustar. Lo único que les importaba era ir al cine, bailar y ahorrar el dinero suficiente para comprarse una moto o un coche de segunda mano. No *sabían* de nada más; eran unos ignorantes de tomo y lomo; y más simples que una lechuga; los aborrecía y los despreciaba a todos…

—Pues a mí no me parecían tan malos.

—Ya me imagino. Tú no eres como yo, por suerte para ti. Frank y yo solíamos ir a los conciertos del Corn Exchange, y ese invierno actuó en Northampton una compañía de repertorio y no nos perdimos ni una función. Representaron verdaderas joyas: Shaw, Ibsen, Shakespeare, O'Neill… Eso es lo más cerca que he estado de la felicidad en mi vida.

www.elboomeran.com

—¿Y te besó? —la interrumpió Hilda.

—Alguna que otra vez —dijo Margaret, sin que su voz revelara demasiado—. Quiero decir, no muy a menudo…

—El domingo pasado salí con un chico de la RAF y le dije: «Que no quiera besarte tanto como tú a mí es bueno. De lo contrario, no nos quedaría tiempo para nada más». «Oh, Hilda —me contestó él, tal que así—: ¡Oh, Hilda!», dando un suspiro. No tuve más remedio que reírme. Sin embargo, era un chico de lo más mono; le regalé una de mis polyfotos nuevas para que le diera suerte. «Ten cuidado de que no se te caigan sobre Berlín —le dije—. No quiero acabar siendo una de las chicas de calendario de Goebbels.» Lo siento, continúa.

—Trabajaba en Sintram's; ya sabes, esa fábrica enorme de radios que hay a las afueras. Tenía algo que ver con la investigación que estaban llevando a cabo sobre transmisión de mensajes en onda corta. Era tan inteligente… ¡Me gustaba *de verdad!* —Su voz rezumaba resentimiento—. Éramos *amigos.*

—¿Estabas enamorada de él? —le preguntó Hilda.

—No lo sé. Me gustaba que saliéramos juntos y tener un amigo al que le gustasen las mismas cosas que a mí. Todo iba como la seda. Y entonces entró en escena mi madre.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que empezó a darme la tabarra con lo de que tenía que casarme con él. Está obsesionada con eso. No te lo creerás, pero comenzó a bombardearme con lo de que una chica *debería* casarse cuando es todavía una cría, con doce años. No sé de dónde habría sacado aquello, porque, en realidad, mi madre no es de las que tiene un gran concepto de los hombres ni del matrimonio. Pero lo que está claro es que no soporta a las solteronas.

—O sea, que no le gusta nadie, de eso se trata. Yo que tú me preocuparía.

—Seguro que *tú* no lo habrías hecho, pero ella siguió quejándose, quejándose y quejándose hasta que me crispó los nervios del todo. Me daba tanta vergüenza que le puse a Frank mil excusas para evitar que viniera a casa. Creo que mi madre también le habló del tema a

www.elboomeran.com

mi padre, porque una vez él me dijo algo sobre que el joven Kennett había conseguido un buen trabajo.

—¿Te preguntó si te había propuesto matrimonio?

—No debió de atreverse. Dio por sentado que si lo hacía, se lo contaría. Sin embargo, cada vez que volvía a casa tras una de mis citas me preguntaba si lo nuestro se estaba *enfriando* y me daba consejos sobre cómo animarlo a *dar la talla*… ¡aquello era realmente asqueroso! —exclamó, retorciéndose con solo recordarlo.

—Una ridiculez como cualquier otra —dijo Hilda—. Creo que ese tipo de cosas pasan cada vez más a menudo, ¿tú no? Además, nunca llevan a ningún sitio. La verdad es que mi madre no sabe *qué* pensar sobre que yo me case. Hay veces que creo que se muere de ganas por verme recorrer el pasillo de la iglesia vestida de blanco satén. Pero en realidad estoy segura de que no sabría qué hacer sin mí. Bueno, me parto. Pero continúa, perdón.

—La verdad es que cada vez me sentía peor. No me daba ni un minuto de tregua. Era casi como si… —dudó— como si quisiera arrastrarme a la preocupación, a la sordidez y la mezquindad que supone estar casada.

A lo lejos, en el silencio que siguió a la descarga de artillería, empezó a oírse el cese de la alarma.

—¡Aleluya! —gritó Hilda, levantándose de un salto—. Vamos, puedes terminar de contármelo de camino a casa. —Abrió la puerta de entrada. La luna brillaba en todo su esplendor, pero una niebla fría y calma se deslizaba sigilosamente entre los árboles sin hojas y las casas a oscuras. Hilda se enganchó al brazo de Margaret y con la otra mano cerró la cancela de un portazo.

—Si fuera tú, me decidiría por esta, Margaret —dijo, mientras se apresuraban por el camino.

—En realidad, es la mejor que hemos visto hasta ahora.

—¡Está muy bien y nos queda muy cerca! —gritó Hilda dando un brinco. Ya estaba planeando presentar a Margaret a los más cultivados de entre una caterva de chicos indudablemente no cultivados que frecuentaban la casita donde vivía con sus padres—. ¡Debes quedarte con esa! Pero sigue con lo de Frank. Llegaremos a casa dentro de un

www.elboomeran.com

minuto y estaré demasiado ocupada comiendo para prestarte toda mi atención. —Apretó el brazo de Margaret y levantó la cara, pequeña y de delicadas facciones aguileñas, hacia la luna, cuya luz se reflejó en sus ojos azules—. Hace una noche preciosa.

—Al final —continuó Margaret casi sin aliento, con la cara y la voz apagadas por la prisa de sus pasos y el aire frío de la noche, hundida en cuerpo y alma en tristes recuerdos—, … al final se lo pedí yo directamente.

—¡Dios santo! —farfulló Hilda. Luego, tras haberse recuperado, dijo—: Bueno, ¿por qué no? Si de verdad era tu amigo, seguro que lo entendió perfectamente.

—Eso era lo que yo pensaba. Le *conté* cómo mi madre había estado atosigándome y lo mal que me hacía sentir, y le dije que solo le estaba preguntando qué… qué le parecía… para así poder tener *algo* en firme que decirle, en un sentido o en otro, y para que me dejara en paz. La verdad es que lo dije… lo dije medio en broma, ¿sabes?

Hilda le apretó el brazo de nuevo, en silencio. Margaret enmudeció durante tanto tiempo que, al final, Hilda se giró para mirar su rostro oscuro y meditabundo y dijo en voz más baja que de costumbre:

—¿Y él qué te dijo?

—Se quedó muy callado y… y, en realidad, fue amable —respondió Margaret en un susurro que apenas lograba disimular su agónica vergüenza—. No creo que lo entendiera. Parecía sorprendido de que me lo hubiese tomado todo tan en serio. También hizo un chiste de todo aquello… nada desagradable, por supuesto… Era dos años mayor que yo y mucho más sensato. Y me explicó… me contó… me dijo… que en realidad no me quería…

—Pero no pasaba nada, porque tú tampoco lo querías a él, ¿no es así? —la interrumpió Hilda—. Así que no tienes que sentirte mal por eso.

—No, cuando se lo propuse, no lo quería en realidad. Pero luego, mi madre me montó una escena espantosa y me dijo que había echado a perder la oportunidad de mi vida y que, con toda seguridad, nunca tendría otra igual. Entonces, me dio por pensar en lo amable, en lo callado y sensato que era, y en que nos gustaban las mismas

www.elboomeran.com

cosas y yo… creí amarlo y aquello lo empeoró todo aún más. Me puse tan triste que quise morirme.

—Te tomas las cosas demasiado a pecho —dijo al fin Hilda, en lo que para ella era un tono abatido.

—Lo sé. Siempre ha sido así. No puedo remediarlo.

—¿Qué va a ser de ti cuando te hagas vieja?

—Tal vez no llegue a vieja.

—Muy bien, sigue así, la alegría de la huerta.

—Bueno, es que no quiero ser vieja.

—Pues lo serás, quieras o no; las dos vamos a vivir juntas en esa casita cuando yo también sea vieja y todos mis novios me hayan abandonado.

—Tú te casarás.

—Bueno, y tú también.

Margaret sacudió la cabeza.

—No, yo no. No soy de las que se casan.

—Tienes razón. —Hilda dudó—. Ya no piensas en él, ¿verdad?

—Ya no estoy enamorada de él, si es a lo que te refieres. Todavía me gusta recordar lo amigos que éramos. ¿Sabes? Pienso en él como en dos hombres distintos: el real con el que me llevaba tan bien, que era amable y sensato, y el hombre del que estaba enamorada, que era muy romántico y maravilloso porque era inalcanzable.

Hilda no dejaba de menear la cabeza.

—¿Volviste a verlo después de que le contaras lo de tu madre? —le preguntó en ese momento.

—No. Él quiso, pero yo me negué. Nos escribimos un par de veces, en Navidad; cartas normales, no de las largas. Después de superar el haber estado enamorada de él, no quise volver a verlo.

—¿Y ahora, te gustaría verlo otra vez? —sugirió Hilda.

Margaret no contestó al instante. Cuando estaban ya cerca de la cancela de la casa de Hilda, donde se estaba alojando, dijo:

—No. Todavía no me he recuperado. Aquello me caló muy hondo, Hilda. Por eso estoy tan «cambiada», como tú dices. Decírselo así… y luego enamorarme de él después de que me *dijera* que no estaba enamorado de mí… Sentirme tan desesperada fue un golpe

www.elboomeran.com

muy duro. Tengo sentimientos tan sumamente fuertes… no te puedes hacer una idea.

—Creo que son imaginaciones tuyas —dijo Hilda en tono firme, abriendo de un empujón la cancela que daba acceso a la diminuta casa cuyo invernal jardín no tenía ni una sola hoja seca a la vista, ni una brizna de hierba más alta que otra, y cuyas ventanas tapadas no mostraban ni una sola ranura o rendija. El escalón de la puerta de entrada parecía nevado a la luz de la luna y el buzón de metal relucía.

—No, no lo son. Ojalá lo fueran.

—Bueno, ahora ya no importa. Estás un poco chiflada, pero te quiero… —Le dio un abrazo rápido y tocó la retreta de la victoria con el llamador—. ¡Y es tan maravilloso que te vengas a vivir a Londres…!